

de Anata. No hay sin embargo texto ninguno en el concordato que prescriba el pago de las Anatas; el título XXI, que supone este derecho sin imponerle, no forma parte del ajuste concluido entre Leon X y Francisco I. ¿De que nace que hay muchos jurisconsultos franceses que dicen que no se pagan las Anatas por los obispados y abadías, sino á causa de que el Rey lo tiene á bien, y que el clero consiente en ello? Algunos autores alzaron el grito contra este derecho de Anatas, que se atrevieron á condenar como simoníaco. Los que emprendieron justificar al Papa y obispos nuestros sobre este punto, sostuvieron que la Anata es una especie de donativo que los nuevos prelados hacen al Papa y empleados suyos, y que no debemos mirarla como el precio de las bulas. Esta explicacion se halla autorizada con la Pragmática sancion, que da el nombre de donativo á la décima parte de la Anata, tasa con que ella gravaba á los nuevos prelados en beneficio del Papa y curiales suyos. (*Leyes eclesiásticas, pag. 652.*)

FIN DE LAS NOTAS.

---



---

PRIMERA Y ULTIMA

**RESPUESTA**

A LOS LIBELISTAS.

---

Los recientes acaecimientos hicieron salir á luz una infinidad de escritos, algunos de los cuales lograron del público una merecida aceptacion, á causa de que compuestos con gusto, decencia y razon, presentan juiciosas reflexiones, y ventilan con sagacidad diversos puntos del derecho público; pero es el menor número. Los mas de los folletos de que nos vemos inundados, estan sugeridos por la pasion.

Los unos son arengas aduladoras de la especie de las que se dirigian al gobierno que acaba de fenecer, y que tienen quizas por autores á unos mismos hombres. ¿A quienes es menester acordar estima-

cion y confianza, entre los que haciendo siempre la corte al poder incensaron á todos los partidos, y los que tienen el valor de publicar verdades útiles con peligro, y á menudo con la certeza de exponer su libertad y descanso? porque la verdad despedaza casi siempre las entrañas que la engendran.

Otros folletos son unas furibundas aplicaciones muy acomodadas para empeorar una mala causa, y que perjudicarian á la mejor. Muchos van dirigidos nominalmente contra el antiguo obispo de Blois. Siente uno ver en el número de estos escritores á un abogado justamente célebre, que, despues de haber vivido por mucho tiempo con su antigua reputacion, y guardado casi siempre silencio, le rompe de repente para mezclar con sus argumentos odiosas personalidades contra algunos antiguos compañeros. Como jurisconsulto, sabe mejor que ninguno de que calificacion es digna la calumnia; y

como cristiano sabe que reparacion impone la conciencia. Pasa por pio, acaso no seria mas que devoto?

¿ Puede esperarse de su parte una palinodia en sentido contrario de la que él cantó sobre Napoleon, del que fué admirador? M. Bergasse en sus *Reflexiones sobre el Acto constitucional del Senado*, habla de los *crimenes*, de los *projectos desastrosos de aquel hombre desapiadado* que causaron una *desolacion general*. » La nacion, dice, aborrecia á Bonaparte, y los diarios no estaban llenos mas que de oficios de protestas, de rendimiento, etc.... La Providencia sola destruyó el trono del mas estupendo tirano que haya existido en la tierra, etc., etc. « Véanse pág. 2, 3, 6 y 13.

Somos en esto del dictámen de M. Bergasse; pero ¿ como conciliarle con los siguientes pasages, que estan extractados de las *Observaciones preliminares de M. Bergasse* en el negocio de M. Le Mercier,

pág. 15? Decia hablando de Napoleon :  
 « Noto este hecho , porque es preciso amar lo que se ADMIRA , y que es tiempo que se sepa que la verdad , esta necesidad de las almas elevadas , es de un tan superior valor para el principe que nos gobierna , que cualquiera opinion que él pudiera abrazar , no se hallaria menos dispuesto por ello á *volver pie atras* , por poco que se le hiciera vislumbrar que semejante opinion *pudo prepararse por un error*. »

Y página xij de las Piezas justificativas en su primera carta al Emperador.

« V. M. mereció toda su gloria por las ideas de justicia que le animan , y la necesidad que experimenta de que ninguno en su imperio sea oprimido por aquellos á quienes V. M. delega el ejercicio de su potestad. »

Un nuevo opúsculo nos asegura que M. Bergasse *no dobló jamas la rodilla ante Baal*; es prueba de ello el extracto que acaba de leerse? Acabamos con una frase

elegante de nuestro autor , página 12 de sus *Reflexiones sobre el acto constitucional*.  
 « No se , pero me parece que he aquí muy bastante , etc. »

En el año de 1793, fué delatado M. Grégoire á la junta de los Jacobinos por no haber votado la muerte del Rey , pues se supo que en la carta escrita por los cuatro comisionados enviados á Saboya , habia hecho borrar él las palabras *á muerte*. Ya en un discurso , el 15 de noviembre de 1792 , habia pedido que se suprimiera la pena de muerte , y que siendo Luis el primero que habria de gozar del beneficio de esta ley , fuera *condenado á la existencia*. Por lo mismo los periódicos coetáneos , y especialmente el *Diario de los amigos* , n.º 5 , del 2 de febrero de 1793 , p. 197 , tuviéron cuidado de sentarle en el número de los diputados que habian opinado contra la pena capital , lo cual no impidió á los libelistas para imprimir que él la habia votado. Estos hombres , los mas de un

estado muy diferente del de los concurrentes á la junta de los Jacobinos, y que por esto mismo debian usar de otro lenguaje, sabian bien que ellos mentian, pero la mentira les pareció propia para denigrar á un obispo que habia sido el primero en someterse al juramento decretado por la Asamblea constituyente, mientras que ellos prestaron otro que no sostendrá jamas el paralelo con el primero.

Habiendo despreciado siempre M. Gregoire esta acusacion, diversos prelados, en el año de 1801, rogaron á su compañero M. Moises, obispo de San Claudio, que recogiera los hechos; este obispo los recogio, y su informe justificativo se insertó por orden de aquellos en los *Anales de la Religion*, 8.º Paris, 1801, t. 14, p. 35 y sig.

En el año de 1810, un arranque de furor por parte de Napoleón, contra el autor de las *Ruinas de Port-Royal*, presentó á los aduladores del príncipe el momento

oportuno para señalar su odio, y repitieron la destruida impostura. Diversos amigos del antiguo obispo de Blois supliéron su silencio, reimprimiendo el informe dado por M. Moises, y agregándole un prólogo que ponía mas en claro la inocencia del acusado, del que aun se habian interpolado diversos escritos, y la infamia de los acusadores.

Nuevos libelistas, entre los que creemos reconocer á diversos apologistas de la esclavitud de los negros, acaban de salir á la palestra. Muchas personas, á quienes M. Gregoire no tiene la honra de conocer, y á las que tributa el merecido homenaje de su gratitud, se tomaron la molestia de refutarlos por medio de unos escritos que hermanan su personal defensa con la de las máximas que él profesa. El distintivo espiritual de estos opúsculos forma un perfecto contraste con la chabacana ordinariéz de los folletistas. El último agresor es el autor del *Filántropo maniifesto*. En estas

diatribas, podríamos recoger y cotejar cuantas injurias ellas contienen, y añadirles qué un hombre que se da á respetar, se da á sí mismo el parabien de carecer de respuesta para semejantes argumentos.

El autor presenta una nueva ocasion de tributar homenaje á la verdad, por medio del siguiente apóstrofe que él dirige al obispo. «¿Imploró Vm. la indulgencia de sus compañeros en favor de aquellas desdichadas víctimas del terror, cuando estaban hacinadas en los pontones de Rochefort, en que apenas les dejaban respirar el aire exterior? » Que torpeza! Cabalmente el obispo de Blois fué el único que alzó el grito á favor suyo. Lectores, abrid *el Monitor*, año 3, n.º 81, sesion del 18 de frimario: «Tanta ha sido, dice M. Grégoire, la crueldad ejercida contra varios sacerdotes, que habiéndose transportado injustamente 187 á Rochefort, este número se halla reducido á 60; habiendo muerto del mal trato y miseria los demas.

Si para poner á un hombre en libertad, se preguntara si él es procurador, abogado, ó médico, esta pregunta indignaria, y para soltar á un hombre, se pregunta si él es sacerdote, etc., etc., etc. Miétras que sigamos semejantes máximas, no tendremos mas que el régimen de los necios, de los pícaros, etc., etc.» Remitido el negocio á la junta de seguridad general, fué seguido allí por el obispo, que logró al cabo la soltura de los desgraciados presos.

Un anónimo (que dicen ser el ábate de la Biche, canónigo de Limoges) publicó la *relacion* del cautiverio de estos sacerdotes, y sin duda á causa de que el bienhechor de ellos es un obispo juramentado, calló cuidadosamente que á él le eran deudores de su soltura. Así el mérito de la buena obra no se atenuó por una desmesurada gratitud. *El Monitor* suple á este afectado silencio, y el autor del *Fildntropo manifesto*, que se dice *subscriber del Monitor desde el año de 1789*, no lee su diario:

es la única disculpa que él puede alegar para libertarse de la acusacion de mala fe.

Una apología, aunque la hiciera necesaria la mas inicua agresion, es una lectura menos atractiva para la malignidad que una sátira amarga; pero hay tambien almas honradas que se recrean en contemplar la inocencia luchando contra el crimen: algunas páginas mas de lectura no cansarán su atencion.

Si alguna cosa debe sorprender, no es que haya libelos contra M. Gregoire, sino que no haya un mayor número de ellos.

¿Que turba de enemigos debe cercar á un hombre que, desde su juventud, se dedicó á defender á individuos perseguidos ó injustamente tildados por las leyes y opinion, judíos, anabatistas, siervos, negros, mulatos, etc.? El sostener á los oprimidos, es el infalible medio de irritar á los opresores que tienen á un mismo tiempo la facultad y voluntad de perjudicar. Las victimas hallan rara vez consoladores,

en vez de que los sacrificadores hallan siempre complicés. ¿No es Fra Paolo Sarpi quien decia: « si la peste tuviera que dar beneficios y pensiones, tendria ella panegiristas? » Por este motivo, no careció nunca de ellos la tiranía: por lo mismo; desgraciado el que haya hecho rostro contra todas las especies de tiranía, y cuya inflexible perseverancia acusa las variaciones de tantas gentes que, satélites voluntarios de todos los astros dominantes, siguen todas sus fases!

Habiendo dado, con arreglo á su conciencia y un maduro exámen, el ejemplo de la obediencia al juramento de *estar sumiso á la nacion, á la ley, y al rey*, manifestóse contra él una multitud de enemigos que, reuniendo rencorosas ideas con la division de opinion, acumuláron sobre su persona diversos ultrages, que él les perdona, pero á los que hubiera preferido buenos racionios, Ministros de los altares! en donde no hay caridad, no hay verdad.

Profesando M. Gregoire un profundo respeto y sumision canónica al augusto gefe de la Iglesia, se esforzó siempre á permanecer en el limite que separa la legitima autoridad del abuso que puede hacerse de ella, limite señalado por la célebre asamblea del clero en el año de 1682. Todos los partidarios de lo que se llama *ultramontanismo*, cuyo mayor número se halla actualmente de esta parte de los Alpes, abultan desde entónces la lista de los adversarios de un hombre adicto á las máximas galicanas.

Admirador de Port-Royal, que hizo tan eminentes servicios á la religion y á las ciencias, tiene la honradez de pensar que Pascal, Nicole, Arnaldo, Sacy, Tillemont, Le Tourneux, etc, podrian ciertamente no estar condenados, y esta creencia es tambien un delito.

Alimentado desde la niñez con la leche de la piedad, es *filántropo*: porque con arreglo á la etimología de esta palabra, el

no serlo seria cesar de ser cristiano; quiere que descubra uno su pecho á unos hermanos errados, sin dar abrigo en él al error, y que nos mostremos tan ardientes en hacerles bien como en impugnar sus escritos, cuando ellos se dirigen á destruir el edificio de la revelacion. Habiendo desechado siempre las tentativas que hacia para agregársele una secta muy poco tolerante, aunque ella habla incesantemente de tolerancia, se hizo odioso á los declamadores que, en la Convencion, le hacian el cargo de querer cristianizar la Francia (1), que le denostaban cuando, el primero de Nivoso del año 3, reclamaba la libertad del culto (2). Habia contado con ello; pero sabia que el hablar en la tribuna, era hablar á la nacion, infalible medio de conmover la opinion pública que no se atrevia

(1) *Monitor*, año II, n.º 57.

(2) *Monitor*, año III, 1 de nivoso, n.º 93, 94.

á manifestarse todavía. Se intercala naturalmente aquí la relacion de la sesion de la Convencion, del 17 de brumario del año 2, en que, en medio de los escándalos de la apostasia y vociferaciones, M. Gregoire tuvo valor para proclamar su invariable modo de pensar, como católico y como obispo. Se halla la especificacion de ello en una de sus obras inéditas, cuyo extracto va á leerse.

« En aquella época, se manifestaban los furores de la persecucion por todas partes.

« Un diputado, llamado Jacob Dupont, habia dado principio al estado de habitual demencia declarándose ateista en la tribuna de la Convencion. Me hallaba de mision á la sazón en Chambéry, en donde supe, con un profundo dolor, que la asamblea nacional, tan lejos de tildar con una severa censura esta perniciosa doctrina y al que la profesaba, se habia hecho cómplice suyo con su silencio. Glorificado sea

Dios, que del mal hace salir el bien! La declaracion de Dupont que se divulgó por toda la Europa, la dejó justamente horroizada; y diversos escritores, entre otros miss Hannah More, expresáron con diligencia su indignacion.

« Habiendo fallecido el venerable Avoine, obispo de Versalles, algunos calaveras de aquella ciudad se aprovecharon de esta ocasion para presentarse en la Convencion con la solicitud de que aquel prelado no fuera substituído; de allí á breve tiempo, se presentó en la barandilla el obispo de Paris, Gobel, con muchos vicarios suyos. Se pretende que Anacarsis Clotz, Chaumete, y L.....B..... le habian preparado para este paso por medio de promesas y amenazas: lo que hay de cierto, es que L.....B....., el 16 de brumario, es decir, la víspera del suceso, habia anunciado, en un discurso lleno de crasas impiedades, algo de análogo con los sacrilegios del si-

guiente dia (1). Sin embargo, ocho dias ántes, en una conferencia con Gobel sobre materias religiosas, este obispo me las habia mentado con el respecto que les es debido; la opresion de la sorpresa acrecentó en mí la del dolor, al saber su paso; digo *al saber*, porque yo me hallaba por aquel instante en la comision de instruccion pública.

• Habiéndome vuelto á la sesion, veo que varios sacerdotes católicos y ministros protestantes suben sucesivamente á la tribuna, para blasfemar y abjurar de su estado: desde el momento de mi llegada, se habia amontonado alrededor de mí, como furias, una turba de diputados *montañeses*. Gozaba yo de una suma consideracion en el clero, y, por este motivo, ponian mayor empeño en arrancarme un paso que, para la impiedad, hubiera sido

(1) N.º 160, p. 1083 del *Diario de los Jacobinos*.

un triunfo. Es menester que subas á la tribuna.... Y á que fin?... Para renegar de tu episcopado, de tu embaucamiento religioso..... Infelices blasfemadores! no fui nunca un embaucador; adicto á mi religion prediqué sus verdades, y permaneceré fiel á ellas. En el intervalo, piden gritando al presidente que me acuerde la palabra, y el presidente anuncia que tengo la palabra, aunque yo no la habia pedido; me abalanzo á la tribuna: y á una horrenda bulla se sigue entonces un silencio general.

• Entro aquí, sin tener mas que muy vagas nociones de lo que ha ocurrido ántes de mi llegada. Me hablan de sacrificios á la patria, estoy habituado á ellos; si se trata de adhesion á la causa de la libertad, tengo hechas ya mis pruebas; si de la renta aneja á la calidad de obispo, os la abandono sin pesar; si de religion, este punto no pertenece á vuestro patrimonio, ni teneis derecho para atacarle.

Oigo hablar de fanatismo, de supersticion..... Luché siempre contra ellos; pero defínanse estas palabras, y se verá que la supersticion y fanatismo son diametralmente opuestos á la religion.

» En cuanto á mí, católico por conviccion y afecto, sacerdote por eleccion, fuí designado por el pueblo para ser obispo, pero no tengo de él ni de vosotros mi mision. Accedí á llevar el peso del episcopado en un tiempo en que él estaba rodeado de trabajos; me atormentáron para aceptarle, y me atormentan hoy dia para hacer una abdicacion que no se me arrancará. Procuré hacer bien en mi diocesis, obrando con arreglo á las sagradas máximas que me son queridas, y que os apuesto que no me arrancais; y me quedo obispo para hacer bien todavia. Invocó la libertad de los cultos.

Este discurso fué interrumpido veinte veces; porque, desde que los perseguidores hubiéron echado de ver que yo hablaba en un sentido opuesto á sus desig-

nios, prorumpiéron en rugidos para ahogar mi voz, cuyo diapason elevaba yo á proporcion; y estos rugidos se prolongáron hasta el fin de mi discurso. Seria necesario el pincel de Milton, acostumbrado á pintar el espectáculo de los demonios, para representar este lance.

Habiéndome bajado de la tribuna, vuelvo á mi asiento. Se apartan de mí, como de un apestado; si vuelvo la cabeza, veo furibundas miradas dirigidas hacía mí.... y sobre mí llueven las amenazas é injurias.

Abrumado al aspecto de los ultrages hechos á la religion, y todavia mas de los que estos sucesos le vaticinaban, experimentaba yo sin embargo una dulce satisfaccion de haber arrostrado contra esta tormenta, di gracias á Dios de haber sostenido mi debilidad, y dádome fuerzas para confesar á Jesucristo. Acabada la session, voy tirando hasta mi casa; y persuadido de que mi discurso hecho de repente no podia ocultársele á la historia, me aceleré á confiarle al papel ».

Declaro que al pronunciarle, habia creido yo pronunciar mi sentencia de muerte. Por espacio de diez y ocho meses, estuve contando con el patíbulo, y se concibe que hube de tomar mis disposiciones en su consecuencia.

¿Como pudo decir la gaceta intitulada *Diario de la salud pública*, que la Convencion celebró mi resolucion de permanecer obispo, miéntras que se manifestáron rabiñosos gritos por todas partes? Los perseguidores se creian interesados en que no se hiciera mencion de mi discurso en los periódicos, ó que fuera desfigurado en ellos. Con lo cual se explica el afectado silencio de algunos diaristas sobre este discurso, y el modo con que otros muchos (hasta el *Monitor*) le disfrazáron. Pero casi todos confiesan que rehusé mi dimision, y que me declaré intrépidamente adieto á la religion. Estos son, á lo menos, los dos hechos esenciales. Varias relaciones infieles habian inducido á error momentánea-

mente al compositor de las *Noticias eclesiásticas* (M. Mouton), quien, desengañado, se me manifestó pesaroso de ello. Este suceso resonó hasta en los países extranjeros, de los que recibí diversos parabienes; y aunque á la sazón las calamidades de la guerra habian añadido entre la Inglaterra y la Francia nuevas barreras á las del Océano, se insertó con este motivo, en el *Annual Register* de 1793, un elogio del obispo de Blois, que seguramente no estaba aguardándole (1). Fué repetido despues en diversos escritos, tales como las *Biographical anecdotes*, y otra obra de la misma especie que salió á luz en el año de 1798 (2). Mas de quinientos testigos, vivos todavía, testificarian, en caso necesario, mi conducta en esta circunstancia.»

(1) *V.* p. 201 y 202.

(2) *V.* *Coleccion de anecdotes, etc., sobre los sugetos mas notables de la revolucion*, en 8.º Paris, 1798.